

LAS QUIETAS AGUAS DEL ESPACIO

ROBERT SHECKLEY

Mark Rogers era buscador de oro; con ánimo de conseguir material radiactivo y metales raros llegó hasta el cinturón de asteroides, donde buscó durante varios años, saltando de fragmento en fragmento, sin encontrar gran cosa. Al cabo de un tiempo se instaló en un trozo de roca de un kilómetro de espesor.

Puesto que había nacido viejo, no envejeció mayormente en el transcurso de los años. Tenía el rostro blanco, como la palidez del espacio, y las manos le temblaban un poco. Bautizó a su fragmento de roca con el nombre de Martha, en memoria de una muchacha que nunca había conocido.

Hizo un pequeño descubrimiento, lo bastante bueno como para equipar a Martha con una bomba de aire y un cobertizo, unas cuantas toneladas de tierra y algunos tanques de agua, y consiguió un robot. Finalmente, se instaló allí para mirar las estrellas.

El robot era un modelo común para todo trabajo, con memoria incluida y un vocabulario de treinta palabras. Mark se lo amplió poco a poco. Sabía algo de mecánica, y disfrutaba adaptando el medio a sus necesidades.

En un principio, el robot sólo sabía decir: «Sí, señor» y «No, señor»; podía comunicar problemas sencillos, como: «La bomba de aire está en funcionamiento, señor», «El maíz está brotando, señor», y saludar cordialmente: «Buenos días, señor.»

Mark cambió aquello. Eliminó el «señor» de su vocabulario, puesto que la igualdad era una ley en aquel trozo de roca. Después dio al robot el nombre de Charles, como su padre, al que nunca había conocido.

A medida que pasaban los años, la bomba de aire comenzó a trabajar con dificultad a fuerza de convertir el oxígeno de la roca en atmósfera respirable. El aire escapaba al espacio y la bomba de aire trabajaba más duro para fabricar más. Las plantas seguían creciendo en la tierra negra del planetóide. Al mirar hacia lo alto, Mark podía ver la negrura del río del espacio, los puntos flotantes de las estrellas. A su alrededor, debajo de él, por sobre su cabeza vagaban grandes masas rocosas, a veces con los costados centelleantes por la luz de las estrellas. De tanto en tanto podía divisar a Marte o a Júpiter. Una vez creyó ver la Tierra.

Mark comenzó a grabar nuevas respuestas en la cinta de Charles. Agregó réplicas simples ante palabras determinadas. Por ejemplo: cuando él decía «¿Qué te parece esto?», Charles contestaba: «¡Oh, bastante bueno, en mi opinión!»

En su principio las respuestas fueron las que Mark se había dado a sí mismo en el largo diálogo mantenido a través de los años. Pero lentamente fue construyendo en Charles una personalidad diferente.

Aunque él sentía desconfianza y desprecio por las mujeres no inculcó en Charles la misma forma de ver.

—¿Qué piensas de las mujeres? —preguntaba Mark, sentado en un cajón de embalaje fuera del cobertizo, una vez cumplidas todas las tareas.

—No lo sé. Hay que encontrar la adecuada —respondía con tesón el robot, repitiendo lo que tenía grabado en su cinta.

—Nunca encontré una que valiera la pena.

—Eso es injusto. Quizás no buscaste bien. En el mundo hay una mujer para cada hombre.

—¡Eres un romántico! —decía Mark, despectivo.

El robot hacía una pausa, tal como le había sido inculcado, y después reía entre dientes.

—Una vez imaginé una muchacha llamada Martha —decía—. Tal vez, de haber buscado, habría podido encontrarla.

Llegaba la hora de acostarse. O tal vez Mark quería seguir conversando. En este último caso volvía a preguntar:

—¿Qué piensas de las mujeres?

Y la discusión seguía el mismo planteamiento.

Charles envejeció. Sus miembros perdieron flexibilidad y algunos de sus cables comenzaron a corroerse. Mark pasaba horas enteras reparándolo.

—Te estás herrumbrando —chanceaba.

—Tú tampoco estás muy joven —replicaba Charles.

Tenía una respuesta para cada cosa. Nada complicado, pero al fin era una respuesta. En Martha era siempre de noche, pero Mark dividía el tiempo en mañanas, tardes y noches. La vida se desarrollaba según una rutina simple: Primero era el desayuno, con verduras y productos enlatados. Después el robot trabajaba en los campos; las plantas se habían acostumbrado a su mano. Mark reparaba la bomba, verificaba la reserva de agua y ordenaba el immaculado cobertizo. Después del almuerzo, las tareas del robot solían estar terminadas.

Los dos se sentaban sobre el cajón a contemplar las estrellas y charlaban hasta la hora de cenar; a veces hasta más tarde, en aquella noche interminable.

A su debido tiempo Mark grabó en Charles conversaciones más elaboradas. Naturalmente no podía dotar al robot de libre albedrío, pero logró algo bastante aproximado. La personalidad de Charles emergía lentamente; sus diferencias con respecto a la de Mark eran notables.

Cuando Mark se mostraba quejumbroso, Charles guardaba calma. Mark era sardónico; Charles, ingenuo. Mark, cínico; Charles, idealista. Mark estaba siempre triste; Charles, eternamente contento.

Mark acabó por olvidar que él mismo había inculcado las respuestas en el robot. Lo aceptó como si fuera de su misma edad. Un amigo de muchos años.

—Lo que no entiendo —decía Mark— es por qué un hombre como tú ha venido a vivir aquí. Para mí está bien. No tengo a nadie que se preocupe por mí, ni yo me preocupo por nadie. Pero, ¿por qué has venido tú?

—Aquí tengo un mundo para mí solo —replicaba Charles—; en la Tierra tendría que compartirlo con otros billones de personas. Aquí tengo las estrellas, más grandes y más brillantes que en la Tierra. Tengo todo el espacio alrededor, junto a mí, como las aguas quietas. Y te tengo a ti, Mark.

—Vamos, no te pongas sentimental.

—Nada de eso. La amistad es importante. Hace mucho tiempo que perdí la oportunidad de amar, Mark; el amor de una muchacha llamada Martha, a la que ninguno de nosotros conoció. Es una pena. Pero la amistad perdura, como la noche eterna.

—Vaya, eres poeta —decía Mark, admirándolo a medias.

—Un pobre poeta.

El tiempo pasaba sin que las estrellas le prestaran importancia. La bomba de aire siseaba, chirriaba y perdía. Mark se pasaba la vida reparándola, pero el aire de Martha se enrarecía progresivamente.

Aunque Charles atendía los campos, las cosechas, privadas del aire necesario, eran cada vez más escasas.

Mark estaba fatigado; apenas si le era posible arrastrarse por los alrededores del cobertizo, a pesar de la falta de gravedad. Pasaba la mayor parte del tiempo en su catre. Charles lo alimentaba como podía, trajinando con sus miembros herrumbrados y chirriantes.

—¿Qué piensas de las mujeres?

—Nunca conocí una que valiera la pena.

—Eso no es justo.

Mark estaba demasiado cansado como para comprender que el fin estaba próximo, y a Charles no le importaba. Pero el fin estaba próximo. La bomba de aire amenazaba con dejar de funcionar en cualquier momento.

Los alimentos se habían acabado hacía ya varios días.

—Pero, ¿por qué tú?

—Aquí tengo un mundo para mí solo.

—No te pongas sentimental.

—Y el amor de una muchacha llamada Martha.

Mark, desde su catre, contempló las estrellas por última vez. Grandes, más grandes que nunca, flotando interminablemente en las quietas aguas del espacio.

—Las estrellas... —dijo Mark.

—¿Sí?

—¿El Sol?

—Eres poeta.

—Un pobre poeta.

—¿Y las mujeres?

—Una vez imaginé a una muchacha llamada Martha. Tal vez si...

—¿Qué piensas de las mujeres? ¿Y de las estrellas? ¿Y de la Tierra?

Y se hizo la hora de acostarse, esta vez para siempre.

Charles, de pie junto al cuerpo de su amigo, le buscó el pulso y dejó caer la mano agotada. Se dirigió a un rincón del cobertizo y apagó la fatigada bomba de aire.

En la cinta que Mark había preparado para él, quedaban unos pocos centímetros gastados.

—Espero que encuentre a su Martha —graznó el robot.

Y la cinta se rompió. Ya no pudo doblar sus miembros herrumbrosos; quedó erguido, contemplando fijamente las estrellas desnudas. Por último inclinó la cabeza.

—El Señor es mi pastor —dijo—. No pasaré necesidades... Él me lleva a descansar en los verdes prados. Él es mi guía...

FIN

Libros Tauro